

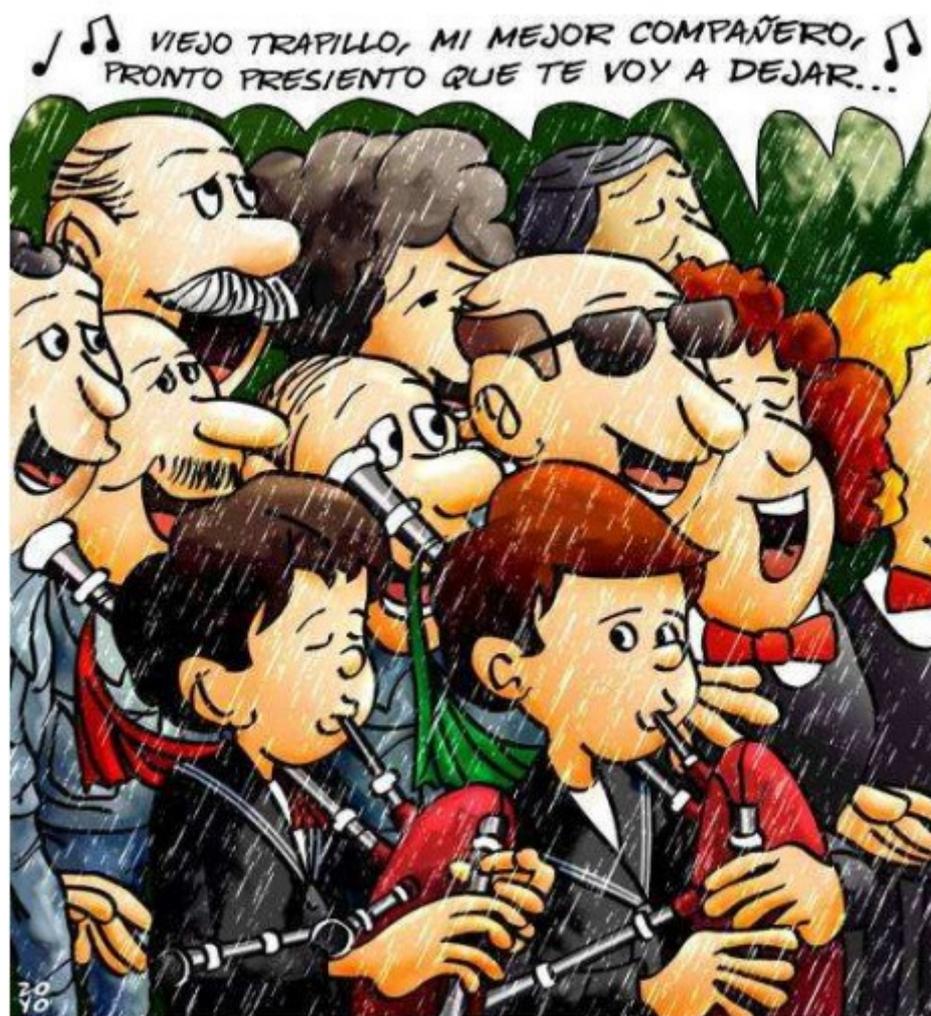
# VII DÍA DEL PÍNFANO

PADRÓN 2010

LLOVÍA

CRÓNICA DE UN ENCUENTRO

Lucas Remírez Eguía



VII DÍA DEL PÍNFANO - "CANTANDO BAJO LA LLUVIA"

Viñeta Fernando Lazo Payo

Llovía. Llovía cuando, mi amigo y yo, llegamos en el coche a la zona de Los Ancares. Habíamos atravesado parte de Aragón, un pico de Navarra, La Rioja, Castilla León, y estábamos en Galicia. No habíamos parado de hablar durante todo el viaje y quizás por eso el viaje se nos estaba haciendo más corto, porque, hay que reconocer que kilómetros hicimos unos cuantos, algo así como más de ochocientos. Pero nosotros a lo nuestro, charla que charla y no pocas veces, el tema principal de la conversación, el pinfanerío y sus personajes, a muchos de los cuales íbamos a ver cuando llegásemos.

A los viñedos rebrotando y a las inmensas alfombras de mies verdeando les sustituyeron montes plagados de pastos verdes, pinares y eucaliptos, entorno por el que discurría la carretera desde que entramos en Galicia.

Llovía cuando, una vez atravesado Padrón, llegamos al hotel que iba a ser nuestra casa durante la estancia en esta preciosa tierra.

Los primeros encuentros, los primeros abrazos, los primeros besos, probablemente los primeros pellizcos del corazón al encontrarte con el amigo o amiga no visto desde los años de colegio, los primeros "perdona, ¿cómo dices que te llamas?". Después, más tarde, vendrían aquellos: "¿Te acuerdas de fulano?", "Tú cara me suena", "¿Estuviste en este colegio?".

Llovía. Llovía, cuando ya deshechas las maletas y después de una ducha reconfortante, nos reunimos en el comedor, inmenso comedor, mientras un grupo de gaiteros galegos nos daba la bienvenida a esa tierra. Palabras de salutación del Presidente y a degustar la cena.

*"Mouchos, coruxas, sapos, e bruxas  
Demos, tragos e diaños, espritos das  
nevoadas veigas, Corvos, pintigas e  
meigas, feitizos das mencinheiras .... "*

Así decía el inicio del conxuro que, mientras el aguardiente ardiendo discu-

rría entre el cazo y el recipiente de barro, se oía recitar en la total oscuridad del comedor, en la preparación de la Queimada que degustamos como colofón a la cena.

Llovía cuando, después de una larga sobremesa, salpicada de canciones de la época del paso por los colegios, algunos decidieron ir a continuar la charla, acompañada de unos cuantos lingotazos, en los salones de la cafetería, mientras, otros optaron por hacerlo en la discoteca del hotel, dando unos cuantos saltos, con riesgo de romperse la cadera. Pero un día es un día y día que pasa, no vuelve.

Llovía y llovía mucho, el día 8 cuando nos volvimos a encontrar en el comedor del hotel desayunando y pudimos apreciar los estragos que había dejado en nuestro físico la noche anterior. ¿Por qué después de un encuentro así, abundan las gargantas afónicas?. Proliferan los saludos por señas, con ese gesto apuntando a la garganta queriendo decir: "lo siento, no puedo hablar". Desayunos copiosos, colas en torno a los tostadores o el café y otra vez conversaciones en torno a las viandas.

Llega la hora de la Asamblea y mientras, los que no pertenecen a ella y algún agregado más, son transportados a Padrón para conocerlo o para recordado. La Asamblea transcurre con normalidad, se expone lo hecho durante el año, el balance de gastos e ingresos y se hacen propuestas para el nuevo año.

Llovía cuando volvemos a encontramos en el comedor, a una hora temprana pues hay que comer a la una del medio día, para poder empezar la visita a Santiago a las 3 de la tarde. Santiago de Compostela tiene mucho que ver además de la Catedral y la cosa es mucho más interesante, si resulta que dos de los tres guías que nos acompañan son pinfanos, uno de ellos, un íntimo amigo mío de colegio y de carrera.

Llovía en cantidad durante la visita y aquí pega lo que dijera Miguel Hernández en aquel verso:

*Llueve como si llorara  
raudales un ojo inmenso,  
un ojo gris, desangrado,*

*pisoteado en el cielo.*

Vamos, que llovía a cántaros y no daban de si ni los chubasqueros ni los paraguas. Una vez terminada la visita y el recorrido turístico, hubo tiempo libre que unos aprovecharon para volver a la catedral y darle un abrazo al Apóstol, otros para, en ella, oír misa y ver el botafumeiro en movimiento; algunos, bastantes, por recorrerse unos cuantos tascos y tomarse unas tazas de Ribeiro acompañadas de buen pulpo; otros, por fin, regresar al hotel para seguir de cerca las vicisitudes de la penúltima jornada de la liga de fútbol.

Después, una vez todos en el hotel, allá sobre las 11 de la noche, nuevas tertulias, interminables; tertulias, en torno a una mesa con algo para tomar y beber, y otra vez saltos y bailoteo en la disco.

Llovía, cuando amaneció el día importante, el día de la visita al colegio de Padrón, el último día. Los autocares nos dejaron cerca del Espolón, plagado de tenderetes, donde se vendía de todo, de todo menos pimientos de Padrón, porque la cosecha no empieza a comercializarse hasta primeros de junio. Era día de mercadillo, pero el tiempo no acompañaba aunque no era obstáculo para que ya empezaran a aparecer los primeros clientes merodeando por los puestos.

"Para llegar al colegio hay que ir hasta el puente para pasar el Sar". "Pues no señor, hay una pasarela de hierro por la que se puede pasar sin tener que dar la vuelta". "Ah, pues vale". Y llegamos... y los que allí estuvieron, sin darse cuenta, se hacen otra vez niños muy niños. Y empiezan a manifestar sus recuerdos, dispares, con luces y sombras, pero recuerdos que quedaron dentro y probablemente vuelvan a los momentos en que cogidos de la mano de sus madres llegaban al colegio por primera vez y vuelven a verlas como eran entonces, como quedaron impresas en sus memorias.

Y en sus mentes se proyectan, como una película en blanco y negro, con cortes incluidos, sus correrías por el prado y sus visitas a Santiaguíño a solazarse y jugar sin parar, y sus miedos y sus lloros, y sus primeros amigos, alguno de los cuales les acompañan hoy.

"Por aquí se nos caía la pelota y llegaba hasta el río", "Aquí estaba la huerta", "Esto era el teatro, ahora es comedor". Hoy es un centro de educación con unas aulas modernas, instalaciones deportivas y bonitos jardines. La directora, acompañada de algunos de sus profesores, nos está esperando y como recibimiento se nos ofrece un desayuno montado en el comedor.

El presidente les dirige unas palabras de agradecimiento y le hace entrega de un "pinfanito". Ella, una señora amable y educada, corresponde con otras palabras de agradecimiento y nos ofrece el centro para que lo recorramos. Como detalle, en uno de los despachos ha colocado un libro de visitas para que, sobre todo, los pínfanos que allí estuvieron, expresen su sentir en unas líneas aunque este ofrecimiento se hizo luego extensivo a todo el que quisiera, pero ellos primero que, al fin y al cabo, son los protagonistas.

Luego viene el protocolo de las fotografías, pero llueve, así que nos hacemos unas debajo de la cubierta de madera que contornea todo el edificio. En un descanso que se toma la lluvia alguien grita: ¡A las gradas del campo de deportes!. Entonces sí, la foto de familia puede tomarse sin que se tapen unos a otros, pero deprisa porque vuelve a llover. Nos vamos y más de uno vuelve la cabeza para dar su adiós al primero de los colegios por los que pasó, el que le abrió las puertas a su orfandad compartida con otros muchos en los sucesivos colegios.

La pendiente hacia la iglesia del monasterio, a alguno le cuesta subir, pero, una vez arriba, la vista es una maravilla, aunque llueva y haga viento. Transcurre la Misa en la que no falta el recuerdo para nuestros compañeros fallecidos, pínfanos que fueron, alguno de los cuales nos habían acompañado en otras celebraciones similares. Los quesos de tetilla, las hogazas de pan, los chorizos envasados al vacío y alguna vianda más, fueron las compras de nuestras gentes antes de tomar el autobús para el hotel.

Llovía cuando llegamos y nos sentamos a comer la última comida de la reunión, muy buena comida por cierto. Recapacitando un poco, nos hemos pasada la estancia en un pienso. A su final, el presidente dio por terminado la celebración del

VII Día del Pínfano. Para los que se quedaban, había la posibilidad de hacer un tour por las Rías Bajas, tour que hubo que acortar porque la lluvia hacía imposible de disfrutar. Otros tuvimos la suerte de gozar de la hospitalidad de buenos amigos que nos brindaron su hogar para pasar un rato agradabilísimo de conversación mientras degustábamos unos picoteos y que se prolongó hasta casi la medianoche. Gracias de corazón, buena gente.

Esa tarde y la mañana del día siguiente, fueron el momento de las despedidas. Despedidas que dejan un sabor agridulce, despedidas en las que no sabes si al que le estás diciendo adiós, con un beso o un abrazo, volverás a verlo, despedidas que te gustaría fueran un "hasta pronto", despedidas, en fin, te encogen un poco el alma.

No puedo terminar esta breve crónica sin rendir un homenaje de cariño y amistad a los tres veteranos de esta reunión: mis entrañables Encarnita y Piluca (Las Tatitas) y Rafa, mi amigo Rafa Muiños. Ellos, durante estos días, nos han mostrado lo que es la ilusión y el saber estar.

Llovía cuando mi amigo y yo iniciábamos el camino de regreso.

Llovía mucho.